

subalternismo

DESARROLLO GENERAL DEL TÉRMINO. A finales del siglo XX, el término “subalterno” fue puesto en escena por el grupo de subalternistas de la India y su grupo de “Subaltern Studies”. Pero la genealogía del término se traza a Antonio Gramsci, el primero que lo utilizó en un sentido teórico para referirse a la relación entre hegemonía (gobierno por consenso) y dominancia (gobierno por la fuerza). Para Gramsci, subalterno es un término usado en sentido colectivo, “grupo subalterno”. Un grupo subalterno es aquel que todavía no cobra conciencia de su fuerza y posibilidades de desarrollo político y, por lo tanto, no escapa la fase primitivista, entendida ésta como el nexo entre ideología librecambista y sindicalismo teórico, evidente particularmente en el ámbito italiano. Según Gramsci, es en el contexto sindicalista donde emerge el concepto grupo subalterno, una vez más concebido como aquel que dentro de esta teoría no puede devenir grupo dominante o desarrollarse más allá de la etapa económica corporativa para llegar a la fase hegemónico-política en la sociedad civil. Este impedimento se debe a que en el movimiento sindicalista teórico, la autonomía del grupo subalterno se sacrifica a la hegemonía intelectual de la clase dominante. La idea de la autonomía del grupo subalterno es sólo, para Gramsci, un aspecto del liberalismo librecambista, pero a él le sirve para desarrollar varios conceptos importantes a su teoría política, tales como el concepto de hegemonía (que ha de tener en cuenta los intereses y las tendencias de aquéllos sobre los cuales se ejerce), el de librecambismo y sindicalismo, y la relación que ellos guardan respecto a la sociedad civil y política, considerando la última como trascendencia de la primera.

Ranjit Guha pide prestado el concepto gramsciano y lo utiliza para construir una relectura de la historia e historiografía de la India y proponer una nueva mirada sobre las relaciones entre hegemonía y dominancia. Su punto de partida es la definición del diccionario conciso de Oxford, según la cual “subalterno” representa “al de rango inferior”. Guha lo usa para nombrar “el atributo general de subordinación en las sociedad del Sureste Asiático ya sea que ésta se exprese en término de clase, casta, edad, género, oficio o de alguna otra manera” (Guha y Spivak: 35, traducción mía). El traspaso de conceptos de entornos europeos a otras regiones (que se debate como teorías viajeras) ocasiona grandes polémicas, pero en este caso se explica en base a que la división entre la Italia desarrollada y la subdesarrollada representa un caso idóneo para teorizar los efectos desiguales del impacto del desarrollo capitalista. Los frutos que rinde este traspaso se pueden palpar en el cambio radical que experimenta la noción de historia e historiografía cuando éstas se leen desde lo subalterno –lo que Guha llama leer “en reverso” o “a contrapelo”– y la diferencia que los conceptos de hegemonía y dominancia hacen palpables cuando se examinan a trasluz de la colonización y la poscolonización. No sólo producen éstos cambios en la noción disciplinaria sino que también ponen en cuestión el ejercicio mismo de la dominancia al hacer visibles las expectativas que ésta tiene de los grupos subalternos sobre los cuales se ejerce.

Dos definiciones de subalternidad que revelan el uso del término por las generaciones subsiguientes son, en el subalternismo asiático, la de Gyan Prakash que sostiene que: “debemos entender la subalternidad como una abstracción usada para identifi-

car lo intratable que emerge *dentro* de un sistema dominante x, y que significa aquello de lo que el discurso dominante no puede apropiarse completamente, una otredad que resiste ser contenida. Pero precisamente porque la dominancia fracasa al apropiarse la incomensurabilidad radical del subalterno, ella sólo registra la presencia recalibrante de la subalternidad, graba las impresiones de aquéllo que no puede abarcar; nunca captura la subalternidad en sí que puede ser rescatada por el estudioso subalternista [...] La subalternidad irrumpe dentro del sistema de dominancia y marca sus límites desde dentro [...] Su *externalidad* a los sistemas dominantes del conocimiento y poder emerge *dentro* del sistema de dominancia, pero solamente como una intimidación, como un trazo de aquello que elude el discurso dominante. Es esta existencia parcial, incompleta, distorsionada lo que separa al subalterno de la élite. Esto significa que el subalterno presenta posibilidades contrahegemónicas no como una otredad inviolable desde el exterior, sino desde dentro del funcionamiento del poder, forzando contradicciones y dislocaciones en el discurso dominante, y proporcionando fuentes para una crítica immanente (62)."

En el subalternismo latinoamericano, Gareth Williams dice: "entiendo la categoría de subalternidad en los términos articulados por Guha y Spivak. La considero como el a menudo violento efecto-de-sujeto de los procesos nacionales y posnacionales de subordinación social, pero también como el límite epistemológico en el cual lo no-hegemónico anuncia los límites del pensar hegemónico y del pensamiento hegemónico. En mi uso del término [...] no hay resolución a la relación entre las definiciones de Guha y de Spivak. No se privilegia una definición sobre la otra. Simplemente me aproximo a la cuestión de la subalternidad como el sitio de tensión práctica y teórica entre la historia materialista y la filosofía desconstruccionista. Como resultado, leo la subalternidad como la traza del telos político dentro de los campos sociopolíticos y epistémicos y, por lo tanto, dentro y en los límites de nuestro sistema conceptual de hoy, cuya reflexión hegemónica (y en el caso de Latinoamérica esto significa predominantemente desarrollista) es confrontada y desestabilizada por la emer-

gencia de sus propios límites de impensabilidad [...] La subalternidad es, por lo tanto, el nombre de los varios puntos de exceso dentro de las historias nacionales y posnacionales del desarrollismo latinoamericano. Este es el límite en el cual las narrativas hegemónicas y los modos sociales e intelectuales de reproducción dominante encuentran sus puntos radicales de disfuncionalidad. Como resultado, esto lleva el pensamiento hegemónico (y en Latinoamérica esto invariablemente significa pensamiento hegemónico criollo) cara a cara a su inminente ruina. Y al hacer esto, mantiene viva la demanda de reflexión y de una sostenida política cultural (10-11, traducción mía).

Hay otras maneras de concebir la subalternidad, por ejemplo, Juan Zevallos considera "que los inmigrantes tienen una posición subalterna. La subalternidad de los inmigrantes andinos radica en el hecho de que la mayoría de ellos carecen o disfrutan de un nivel mínimo de trabajo, vivienda, alimentación y escolarización para alcanzar un bienestar humano" (368). Para Walter Mignolo, "la idea de la "subalternidad" no es simplemente una cuestión de dominación de un grupo social por otros, sino que tiene repercusión global más amplia, en el sistema interestatal analizado por Guha y [Aníbal] Quijano ("Colonialidad": 179). La subalternidad conecta historias locales y estructuras de dominación mundiales. En esto consiste la colonialidad del poder.

El término subalterno se presenta como múltiplemente articulado. Por un lado es un concepto que se usa como metáfora de una o varias negaciones, límite o tope de un conocimiento identificado como occidental, dominante y hegemónico, aquello de lo que la razón ilustrada no puede dar cuenta. Por otro, subalterno es una posición social que cobra cuerpo y carne en los oprimidos, o aquella condición que genera la colonialidad del poder a todos niveles y en todas las situaciones coloniales que estructuran el poder interestatal. Subalterno es, así, aquel concepto que recorre el campo de los estudios subalternos en estas múltiples articulaciones.

USO ESPECÍFICO DEL TÉRMINO EN LOS ESTUDIOS CULTURALES LATINOAMERICANOS. Después de la derrota de los sandinistas en las elecciones

presidenciales nicaragüenses de 1990, un grupo de intelectuales preocupados por la situación política mundial y por las políticas de las instituciones académicas se reunieron en la ciudad de Washington. Ese fue un momento de cambios importantes de paradigma y por eso la propuesta fue discutir el proyecto emprendido por el colectivo de estudios del subalterno del sudeste asiático. La intuición compartida era que esto podía ser productivo para los latinoamericanistas. Formaban el grupo John Beverley, Robert Carr, José Rabasa, Javier Sanjinés, Patricia Seed e Ileana Rodríguez. Muchos otros científicos sociales y críticos culturales fueron invitados a participar pero aunque no acudieron al encuentro, algunos de ellos como Norma Alarcón y Mónica Szurmuk, firmaron el manifiesto original.

Siguiendo el modelo de los subalternistas asiáticos, la decisión era transformar el grupo en un colectivo democrático con un proyecto académico que continuara el legado del trabajo intelectual políticamente comprometido. La percepción dominante era que el trabajo del grupo del sudeste asiático, su propuesta de un “nuevo humanismo”, definido por la existencia de una sensibilidad social combinada con un compromiso y testarudez teórica y una militancia académica, sería de gran utilidad al campo latinoamericano. El deseo era expresar una solidaridad posrevolucionaria con los sufrimientos de los pobres en una época en que el colapso del socialismo había transformado a esta actitud en dudosa e impopular. Como el colectivo del sudeste asiático, los subalternistas latinoamericanos estaban profundamente insatisfechos con la ausencia de los pobres en su propia historia. Sin embargo, mientras que los subalternistas asiáticos criticaban el estado liberal poscolonial y los movimientos nacionalistas y anticolonialistas desde la izquierda, los latinoamericanistas criticábamos los estados de izquierda y las organizaciones partidistas por su liberalismo.

La mayoría de los miembros del grupo fundador había tenido experiencias políticas formativas, unos en la Revolución sandinista, otros en el gobierno de Michael Manley, en las guerrillas y el movimiento estudiantil mexicanos, o en los movimientos de solidaridad en Estados Unidos. Todos

participaban activamente en los debates disciplinarios sobre género y etnicidad. Viniendo del marxismo, les incomodaba el “multiculturalismo triunfante” que hablaba poco de la descentralización de la riqueza y la democratización del poder político. Más adelante, el grupo se expandió y los primeros invitados fueron Walter Mignolo, María Milagros López y Michael Clark. En la conferencia realizada en Puerto Rico en el año 1996, se unieron al grupo Sara Castro-Klarén, Fernando Coronil, Garreth Williams, John Kraniuskas, Alberto Moreiras, Abdul Mustafa, Marcia Stephenson y María Josefina Saldaña. La última conferencia fue realizada en Duke en el año 1998. El grupo produjo como colectivo una serie de publicaciones que definieron el campo como el número monográfico de *Boundary 2* (1993, publicado como Beverley, *et al.* (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*), el *Latin American Subaltern Studies Reader* (2001, Ileana Rodríguez, ed.), *Convergencia de Tiempos* (2001, Ileana Rodríguez, ed.), *LASA FORUM 33.2* (2002) y *Dispositio/N* (2005, Gustavo Verdesio, ed.).

El uso específico del término se hace palpable en las discusiones que giran, primero, en torno al significado actual de los estudios subalternos y sus rumbos diversos; segundo, en la relación entre estudios latinoamericanos y surasiáticos subalternos; tercero, en las relaciones entre estado, cultura y subalternidad. Y los aportes son: 1] mostrar cómo las aporías del conocimiento que presenta como agenda teórica de trabajo el subalternismo se ven reproducidas en todos los ámbitos: el del conocimiento, la teoría, la política, el estado, la globalización; 2] discutir la dinámica bipolar con la que el pensamiento occidental articula sus saberes y demostrar, en la práctica del análisis, que la misma lógica que da cuenta de la relación entre elite y subalterno, ayuda a entender la relación entre local y global, estado y sociedad, particularismos y universalismos; 3] diagnosticar el impasse en que se encuentra el conocimiento humanista en la alta modernidad. El trabajo teórico se dedica a examinar la articulación de las lógicas de la hegemonía; el trabajo de campo, a entender las prácticas sociales del subalterno; el trabajo cultural, a analizar la cotidianidad, la solidaridad y los estigmas; el trabajo sobre

la cuestión indígena, a explorar los temas del multiculturalismo, la diferencia como práctica social y hermenéutica y el debate sobre la poscolonialidad.

Para Walter Mignolo, subalternismo significa la posibilidad de establecer un vínculo teórico con las diferentes regiones periféricas afectadas por la colonialidad del poder; cruzar fronteras y poner a conversar a los afines, quienes añaden matices a la misma discusión central. Sus puntos de debate son: a) recuperar las especificidades históricas continentales; b) reconocer el trabajo de los latinoamericanos en referencia a la colonialidad del poder; c) poner en escena que la modernidad no empieza en el siglo XVIII sino en el XVI (*Darker Side*).

Para Florencia Mallon el encanto de los estudios subalternos es que la propuesta viene de intelectuales basados en el “tercer mundo”, y que ofrece una posibilidad de diálogo transregional, en el que hay que prestarle atención a los contextos específicos. Advierte de la peligrosidad de los préstamos y propone una reflexión sobre los mismos campos disciplinares. Cuestiona en el subalternismo la mirada desconstruccionista por considerar que destruye las suposiciones centrales del propósito político del grupo, como la autonomía de las prácticas subalternas respecto de la cultura de élites (*Campesinado*).

John Beverley examina: 1] la relación entre capitalismo y socialismo en conexión con la modernidad –y argumenta que ésta es productora de subalternidades–; 2] la “heterogeneidad radical”, que contrapone a la “razón” del estado moderno o razón comunicativa de Jürgen Habermas –y argumenta la imposibilidad de pensar al subalterno dentro de la sociedad civil–; 3] la subalternidad dentro de la noción de hegemonía de Antonio Gramsci –y argumenta la posibilidad de que el subalterno acceda al poder–; 4] la posición del subalterno dentro de la discusión de la multiculturalidad. Beverley muestra que desde ninguna posición de poder se puede pensar al subalterno. Subalterno es un sujeto evanescente que se escabulle en cuanto se quiere apresar en una representación. Subalterno es, por lo tanto, un aparato heurístico que sirve para mostrar las aporías del pensamiento hegemónico (subalternismo).

María Josefina Saldaña propone una lectura elite/subalterna de los frentes popula-

res, atrapados entre fuerzas opuestas. Dada esta polaridad los frentes populares tienen que mediar y elegir respuestas insatisfactorias a las fuerzas que representan—tal el caso del Frente Sandinista nicaragüense que ella estudia. Propone que los frentes populares tienen que disolverse como frentes para ser partidos y tomar partido por uno de sus componentes. Así, los frentes populares tan caros a Gramsci para lograr la hegemonía de lo popular, no pueden ser políticamente radicales en situaciones de polarización de fuerzas. Son coaliciones coyunturales que sirven para efectuar transiciones de poder.

Alberto Moreiras habla de los estudios subalternos en relación con la discusión entre lo global y lo local, lo particular y lo universal. Propone, con Žižek que “cada polo del antagonismo es inherente a su opuesto” (71). De ahí la noción de doble articulación o registro doble que “permita al subalternista comprometerse simultánea y distintamente con la negatividad radical y con la positividad estratégica” (“Hegemonía”: 77). El reto de esta posición es cómo relacionar los campos hermenéuticos con los políticos; cómo demostrar que la noción de subalternidad, no se confina al horizonte dialéctico entre lo local y lo global.

José Rabasa expone: 1] cómo la necesidad de habitar mundos múltiples es una característica de los espacios y discursos subalternos; 2] cómo la coexistencia de diferentes mundos en los discursos subalternos implica un iluminismo desiluminador; 3] cómo toda postulación de un sistema o ideología dominante constituye en última instancia una engañifa –una ilusión óptica–. Propone que los estudios subalternos son desaprendizajes teóricos, por ejemplo, el del subcomandante Marcos y los ladinos en las selvas lacandonas. Mundos múltiples presumen coexistencia de espacios híbridos; no celebración de síntesis cultural, sino incommensurabilidades. No es lo mismo pensar en una lengua que en otra, no es lo mismo escribir que pintar. Diferentes lenguas participan de diferentes lógicas y grados de racionalidad.

Javier Sanjinés considera la representación étnica en Bolivia y las maneras de pensar lo nacional étnico en relación con la articulación que las clases letradas e in-

telectuales (élites) hacen de lo europeo y de lo autóctono indio, mestizo, criollo, cholo. Las tres categorías a diferenciación son indio, mestizo y cholo (subalterno). No se confunde mestizo y cholo, pero sí se funde mestizo y criollo. Despensar, desleer, negociar, son los métodos recomendados. Lo fundamental es la “representación de lo autóctono”. ¿La mirada es siempre señorial, o es posible una mirada subalterna? La primera es clásica y la segunda barroca y carnavalesca. Sus cuerpos grotescos y dislocados provienen de sensibilidades populares “preñadas de opuestos”.

Robert Carr muestra la desconstrucción del sujeto en la posmodernidad. Carr empieza su trabajo con un acontecimiento: un hombre joven entra a una carnicería en un pueblo, pone la cabeza bajo la hoja afilada del cuchillo del carnicero y se suicida. Este evento habla de la imposibilidad del sujeto de sentirse o hacerse su mundo e implica que la modernidad es una relación de inconformidad entre el mundo y el sujeto. La modernidad expulsa al sujeto de su casa y sentirse de nuevo en casa es uno de los retos de la posmodernidad. Mientras que la constitución del sujeto en la modernidad es ilustrada y se establece dentro del campo de relaciones signadas por la ahabilidad y la comunicación, en la posmodernidad la actuación de **género** confiere gravedad a la ya álgida situación de un cero positivo, y es el cuerpo mismo el que padece la injusticia por mano propia o la de los vecinos.

María Milagros López articula la relación intelectuales/subalternos, ciudadanía/gobernabilidad. Habla de la sociedad “post-trabajo” –en Puerto Rico, la mitad de la población adulta está estructuralmente desempleada– y de la ingobernabilidad que se predica sobre un sujeto opaco, carente de intereses en común, situado más allá de la racionalidad comunicativa. López propone repensar la insurgencia desde la persuasión; de ahí la invención del placer como forma de justicia. El placer es uno de los lugares desde donde la rebelión es posible. López opone ideas como alienación, conciencia falsa o de clase que no mitigan el sufrimiento humano. La alienación, único lugar asignado a la subjetividad, la revolución y la negación son formas élites de mirar hacia abajo, son técnicas de subalternización. En

la sociedad posttrabajo hay que mirar desde la óptica de la marginalidad, desde la drogadicción, desde la historia sin futuro, desde la comida grasosa, desde el mercado que gratifica. ¿Qué propósito sirve permanecer en el dolor cuando el placer es una de las armas con las que el subalterno responde a lo hegemónico?

Los trabajos subalternistas muestran claramente que la integración del subalterno es imposible, que el mandato de las élites es mantener lo hegemónico y que esto significa producir y reproducir las heterogeneidades constitutivas de un mundo en el que predomina el “*lag-time*” de Homi Bhabha, los desencuentros de la modernidad y las temporalidades desfasadas. Pero, ¿quiere decir esto que el trabajo de los subalternistas se limitará entonces a subrayar las aporías de la modernidad? ¿Es posible volver a la utopía? ¿El subalternismo está también atrapado en esa dialéctica de las élites y pregunta desde arriba, desde la modernidad, el desarrollo, el capitalismo, el socialismo, las hegemonías, el estado, la sociedad civil o la colonialidad del poder cómo ver, oír, y hasta sentir a los subalternos? ¿Cuáles son los espacios del pensamiento sobre la subalternidad? ¿Desde dónde pensar una sociedad raigalmente heterogénea e igualitaria? ¿Desde dónde organizar el pensamiento y la vida que no sea el de la heterogeneidad contenida de los guetos? Éstos son algunos de los retos.

OBRAS DE CONSULTA. Beverley, John, *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*, Durham-Londres, Duke University Press, 1999 [*Subalternidad y representación: debates en teoría cultural* (trad. Marlene Beiza y Sergio Villalobos-Ruminott), Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2004]; Gramsci, Antonio, *A Gramsci Reader: Selected Writings, 1916-1935*, Londres, Lawrence and Wishart, 1988; Guha, Ranajit, “Dominance without Hegemony and its Historiography”, *Subaltern Studies VI*, Delhi./Londres, Oxford University Press, 1989, pp. 210-309; Guha, Ranajit, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Delhi, Oxford University Press, 1992; Guha, Ranajit y Gayatri Spivak, *Selected Subaltern Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1988; Latin American Subaltern Studies Group, “Founding

Statement”, en John Beverley *et al.* (eds.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham, Duke University Press, 1995, pp. 135-146; Mignolo, Walter, “Colonialidad del poder y subalternidad” en Ileana Rodríguez (ed.), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos: estado cultura, subalternidad*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 2001, pp. 155-184; Moreiras, Alberto, “Hegemonía y subalteridad” en Ileana Rodríguez (ed.), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos: estado cultura, subalternidad*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 2001, pp. 91-102; Prakash, Gyan, “La imposibilidad de la historia subalterna” en Ileana Rodríguez (ed.), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos: estado cultura, subalternidad*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 2001, pp. 61-70; Rodríguez, Ileana (ed.), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos estado cultura, subalternidad*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 2001; Rodríguez, Ileana, *The Spivak Reader: Selected Works of Gayatri Chakravorty Spivak*, Nueva York, Routledge, 1996; Verdesio, Gustavo (ed.), *Latin American Subaltern Studies Revisited. Dispositio*, núm. 52, vol. xxv, 2005; Williams, Gareth, *The Other Side of the Popular: Neoliberalism and Subalternity in Latin America*, Durham, Duke University Press, 2002; Zevallos, Juan, “Baile, comida y música en la construcción de una identidad cultural subalterna andina en el exilio norteamericano” en Ileana Rodríguez (ed.), *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos: estado cultura, subalternidad*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, 2001, pp. 365-380.

[ILEANA RODRÍGUEZ]

subjetividades

La cuestión del sujeto y la conformación de subjetividades es una preocupación de larga data; problema teórico, filosófico, epistemológico, que reúne subjetividad, identidad y alteridad en intentos de definiciones totalizantes. Articulado en la tradición humanista, la razón ilustrada y la experiencia de la modernidad (como “proyecto incompleto” o como logro universal, siempre desde una perspectiva occidental y etnocéntrica), el sujeto –y su proyección reflexiva, la subjetividad– ha sido definido como “sujeto moderno”, unívoco y certero, de límites (aparentemente) decibles y verificables en función del paradigma que le diera entidad y legitimidad teórica.

ca), el sujeto –y su proyección reflexiva, la subjetividad– ha sido definido como “sujeto moderno”, unívoco y certero, de límites (aparentemente) decibles y verificables en función del paradigma que le diera entidad y legitimidad teórica.

La perspectiva posestructuralista y los debates sobre la posmodernidad y la postcolonialidad hicieron estallar esos presupuestos, planteando una mirada no afirmativa con respecto a las subjetividades: en verdad, poniendo en cuestión la noción misma de “sujeto” y su capacidad de significación. En ese sentido, la reflexión sobre las subjetividades desplazadas, heterogéneas, esquivas a toda definición reduccionista, entronca con la ensayística latinoamericana de la primera mitad del siglo xx y con las miradas que, desde la crítica literaria y la sociología de la cultura, comenzaron tempranamente a colocar en primer plano la experiencia peculiar del continente. No obstante, como señala Gayatri Spivak, “parte de la crítica más radical que surge en Occidente durante los años ochenta es el resultado de un interés en conservar al sujeto de Occidente, o al Occidente como Sujeto. La teoría de hacer plurales los ‘efectos de sujeto’ le creó con frecuencia una cubierta a este sujeto del conocimiento. A pesar de que la historia de Europa como Sujeto se ha hecho narrativa en la ley, la economía política y la ideología de Occidente, este Sujeto oculto pretende ‘no tener determinaciones geopolíticas’. De este modo, la crítica al sujeto soberano, a la cual se le ha hecho tanta publicidad, en realidad inauguraba un nuevo Sujeto” (“Historia”: 759).

Este problema –que excede los límites disciplinares y los debates de campo– ha sido, también, una de las preocupaciones centrales de los estudios culturales desde sus inicios, en el marco de las revisiones de la teoría marxista clásica en virtud de su falta de adecuación teórica y empírica. Ya en su libro *The Uses of Literacy* (1959), Richard Hoggart alude a la cuestión de las subjetividades populares estableciendo una definición identitaria a partir de una posición binaria nosotros-ellos, que definiría también uno de los modos de autonomización y autorreconocimiento. Concepción deudora, empero, de cierta dicotomía identidad-alteridad que tanto constituye la